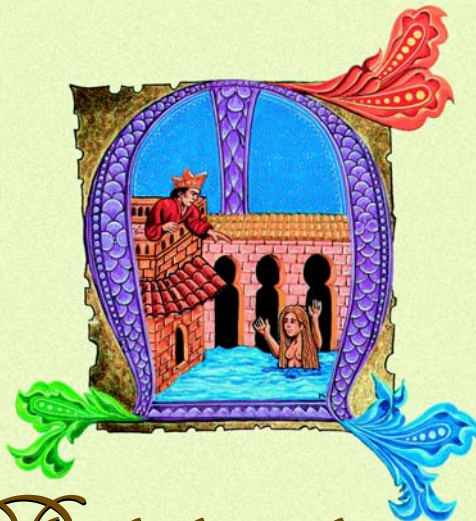


CONOCER Y VIVIR LA BIBLIA




PEDRO I.
FRAILE

Palabra lúcida

Israel y Judá: identidad y diversidad de un pueblo

Todos pertenecemos a una familia y a una sociedad con los que compartimos tradiciones, costumbres y valores de raíces profundas. Tenemos una identidad como pueblo. «Soy de ...» —decimos— y nos sentimos orgullosos. Pero ¿podemos absolutizar este sentimiento de identidad? ¿Podemos establecer una distinción tajante entre nuestra cultura y la de los pueblos vecinos? Los dos grandes enemigos de la objetividad histórica son el recurso a los tópicos y la referencia a un tiempo pasado idealizado. El primero repite lugares comunes que llegan a tener carta de verdad incuestionable. El segundo remite a unas esencias propias sin mezclas ni confusión; todo el tiempo posterior ha sido «alejamiento» y «empeoramiento». Israel tiene conciencia de ser «el pueblo elegido». Escribe sus orígenes, se remonta a «hechos extraordinarios» y reivindica una tierra que le ha dado el mismo Dios. Pero la elección no supone superioridad o inmunidad. Es responsabilidad ante Dios, señor de toda la historia.

**«El Señor
dijo a Abrán:
Sal de tu
tierra, de
tu patria y de
la casa
de tu padre,
y vete al país
que yo te
indicaré»
(Gén 12,1)**

1. ¿Un «pueblo elegido»?

El primer tópico que repetimos es que Israel es el «pueblo elegido» de Dios. ¿Podemos aceptar esa idea en un mundo donde se insiste en la multiplicidad de razas y culturas? En caso de que fuera así ¿qué lo diferencia de otros pueblos?, ¿qué tienen ellos que no tengamos nosotros? Podría tratarse de una raza distinta (no, pues comparte la de los pueblos semitas de aquellos tiempos); quizá por alcanzar un nivel cultural superior (tampoco, pues nunca alcanzaron a los egipcios o a los babilonios). ¿Qué quiere decir, entonces, que son elegidos? ¿Elegidos por quién y para qué?

Un pueblo que acepta servir a Yahveh

El Génesis, a partir del capítulo 12, inicia una extraña historia. Comienza con la orden que se da a un personaje desconocido, Abrán, y con una orden insólita: «sal de tu casa a la tierra que yo te mostraré». Este hombre obedece y comienza un largo viaje con su familia y con sus ganados. La narración sigue con Isaac, Jacob y sus hijos. Esta historia pertenece a la memoria de un pueblo que conoce sus orígenes, afirman que no vienen de un pasado oscuro: «Nuestro padre es Abrahán».

Podemos objetar dos cosas. Primero, que poner por padre a Abrahán es decir poco, pues también los ismaelitas re-

montan sus orígenes a Abrahán, aunque sea por la esclava. Segundo, esta memoria colectiva narrada, ¿se puede contrastar con datos históricos? La historia antigua del Próximo Oriente Antiguo emplea numerosos nombres para designar a pueblos que no están bien localizados. Nos habla de «amorreos» (habitantes del país de Amurru), nos habla de unos belicosos nómadas conocidos como *hapiru* (que para algunos son los mismos hebreos).

Para la Biblia todos los habitantes de Canaán tenían un mismo origen: Amón y Moab son hijos de Lot, sobrino de Abrahán (vecinos del Este; Gén 19,37-38). Edom, el gran enemigo de Israel, es descendiente de Esaú, el hermano de Jacob (vecino del sur; Gén 25,22-34; 27,37-41). Jacob, por su parte, emparentó con Labán (que era *araméo*, los vecinos del Norte, Gén 28,1-2).

Por la historia sabemos que los israelitas tuvieron que luchar por hacerse un hueco en aquel territorio habitado por «jebuseos», «moabitas», «edomitas»... Por ahora el documento más antiguo que cita «Israel» como nombre propio es una estela de piedra del faraón egipcio Mernepta (c. 1200 a.C.) que había tenido una escaramuza con ellos en Canaán. El antiguo Israel estaba compuesto por la asociación de tribus semitas que compartían origen, cultura y proyectos comunes.

Es más difícil explicar cómo y por qué se unieron estas tribus para formar el nuevo Israel y separarse, a su vez, de los reinos colindantes. Muchos autores encuentran la explicación en la fe en Yahveh y la renuncia explícita de la religiosidad cananea. Es muy significativo el texto de Josué 24 cuando el jefe militar que ha llevado al pueblo a la conquista de la tierra les pregunta a quién quiere servir, a los dioses de los amorreos o a Yahveh: Israel dirá, con una sola voz, que ellos sólo quieren servir al «Señor».

La elección es una responsabilidad, no un privilegio

El plan de la salvación de Dios, que es para toda la humanidad, toma forma concreta en la elección de un pueblo. Es distinto el respeto o aprecio que tenemos al vecino que el amor que se tienen los esposos; en este caso hay una elección. No sabemos explicar bien por qué: hay otras personas más inteligentes, atracti-



Abrahán y el sacrificio de su hijo Isaac. Serigrafía de Marc Chagall.

vas o simpáticas... pero «*nos hemos enamorado de una*». El amor supone una elección: «*yo quiero a éste y no a este otro*». De la misma forma, el plan de Dios pasa por una elección; no porque Israel sea mejor que los otros pueblos, sino porque se enamoró de él. Desde la vida compartida con este pueblo, hace llegar y extender su amor a toda la humanidad. «Si el Señor se enamoró de vosotros y os eligió no fue por ser vosotros más numerosos que los demás –porque sois el pueblo más pequeño–, sino que por puro amor vuestro, por mantener el juramento que había hecho a vuestros padres, os sacó el Señor de Egipto» (Dt 7,7-8; cf. también Dt 10,1-15).

Ahora bien, la elección es gratuita porque es don, pero conlleva una responsabilidad. El pueblo no puede hacer de ella un privilegio para campar a sus anchas, sino que el Señor le pide que cumpla la Alianza.

2. Una historia muy conflictiva

Junto con los tópicos, los pueblos en busca de identidad apelan a la tierra de los antepasados y a los orígenes comunes idealizados. La tierra es fundamental, pues se necesita tener unos límites precisos, una geografía a la que referirse. Podemos pensar que Israel fue un pueblo unido que ocupaba un extenso territorio. Sin embargo, una lectura atenta nos dice no sólo que sufrió continuamente guerras internas, y que su territorio llegó a ser mínimo en los peores momentos, sino que además estuvo a punto de desaparecer. Israel conoció un momento de esplendor con David y Salomón, mientras que tras el destierro el reino de Judá quedó reducido a la ciudad de Jerusalén y unos pocos pueblos de los alrededores.

La «tierra prometida»

Israel cuando sale de Egipto es un «pueblo sin tierra». Bien es verdad que Dios le había prometido a Abrahán ser padre de una multitud y poseer una tierra, pero hasta el momento todo se quedaba en «promesas». Ahora sus descendientes caminan guiados por un hombre carismático que tampoco sabe a dónde va. La tierra es, sobre todo, el don de Dios a su pueblo. La concepción bí-



blica de la tierra va unida a la promesa (Gén 12,1,7, 13,7; 15,7 etc).

La transición entre el Pentateuco y los libros históricos (Deuteronomio-Josué) recoge este importante tema: el Deuteronomio acaba cuando el pueblo contempla desde las alturas del monte Nebo, el país prometido a los patriarcas. ¡Dios ha cumplido su promesa!: «El Señor le mostró a Moisés toda la tierra: desde Galaad hasta Dan; todo Neftalí, la tierra de Efraín y Manasés; toda la tierra de Judá hasta el mar Mediterráneo, el Négeb, el valle de Jericó y le dijo: “ésta es la tierra que prometí a Abrahán, Isaac y Jacob diciendo. Se la daré a tu descendencia”» (Dt 34,1-4). El libro de Josué delimita, con términos geográficos, su extensión: Dios dijo: «Os doy todos los lugares que pisen vuestros pies. Vuestro territorio abarcará desde el desierto (sur)

Mapa de los dos Reinos.

«Esta es la tierra que prometi a Abraham, Isaac y Jacob diciendo: Se la daré a tu descendencia» (Dt 34,1-4).

y el Líbano (norte) hasta el Éufrates (este) y hasta el mar Mediterráneo (oeste)» (Jos 1,2-4). Hay otros textos que nos indican que Israel es consciente de ser poseedor de un territorio; los libros históricos repiten que Israel se extendía de «Dan a Berseba»: «Israel y Judá vivieron tranquilos cada uno bajo su parra y su higuera, desde Dan hasta Berseba, durante toda la vida de Salomón» (1Re 5,5). Otra designación bíblica hace coincidir la tierra con los límites máximos de su extensión real: «desde Hamat (Siria) hasta el torrente de Egipto» (1Re 8,65).

Más de doce tribus

La Biblia simplifica los orígenes de Israel usando un esquema familiar. Según el texto narrativo, Jacob tuvo doce hijos, las «doce tribus de Israel», que se instalan en la tierra prometida. Ahora bien, si intentamos hacer el seguimiento una a una, todo se complica: Leví se mantiene como tribu pero no tiene tierra; Dan tiene que emigrar a los pies del monte Hermón; Simeón pronto desapareció. Cuando Josué conquista el centro del país, no se lo da a la tribu de José, (el hijo de Jacob), sino a los hijos que tuvo en Egipto: Efraín y Manasés. Hay otras tribus emparentadas con los israelitas que, sin embargo, no llegarán a formar parte del pueblo santo, como la tribu de Maquir, en la zona transjordana de Galaad.

La historia nos enseña que el proceso fue mucho más complejo. Israel sufrió en sus orígenes las luchas internas fratricidas, el predominio de unas tribus sobre otras (Simeón), la asimilación de unos clanes débiles por otros más fuertes, etc. La Biblia conserva como docu-

mento irrenunciable el nombre de antiguos clanes y familias que están en los orígenes de Israel y que nos permiten intuir cómo fue apareciendo este gran pueblo. El reparto de la tierra en «doce tribus» responde a una época posterior, cuando quieren dar fundamento a una distribución política (1Re 4,7).

Sólo setenta y cinco años

Si de los orígenes pasamos al desarrollo del pueblo vemos cómo, para los historiadores de Israel, David es el gran rey: conquista Jebús y la transforma en la capital de su Reino: Jerusalén; extiende las fronteras hasta unos límites que nunca se volverán a conocer; lleva a su máximo esplendor el reinado que inició torpemente Saúl; dio origen a una dinastía, la «casa de David», que será referente para siempre.

La crítica histórica nos dice, sin embargo, que David se aprovechó de la debilidad de los grandes imperios de la época para extender unas fronteras que sus sucesores no pudieron mantener. Además el Reino de Israel sólo estuvo unido setenta y cinco años, contando a los tres reyes: Saúl, David y su hijo Salomón.

Izquierda:
El general Joab
y su tropa.
Miniatura
carolingia (s. IX).



Derecha:
Inicio del Deuteronomio, del s. XV,
Parma, Biblioteca
Palatina.





Moisés habla a los representantes de las doce tribus de Israel. Miniatura florentina del s. XV Parma, Biblioteca Palatina.

La crueldad de Salomón

De Salomón tenemos la idea de ser un rey sabio y amante del lujo. Intentó organizar su Reino al estilo de las cortes orientales y construyó el primero de los Templos a Yahveh. Tuvo grandes éxitos pero también cometió estrepitosos fracasos. Salomón, como su padre David, ambos de Judá (sur), gobernaron de espaldas a las tribus del centro (casa de José o Efraín) y del norte (tribus de Galilea) llegando a imponerles una dura servidumbre. Cuando leemos la separación del Reino de David en dos, la razón que dan los del norte, es la falta de respeto de Salomón por estas tribus. (Los israelitas) «dijeron a Roboán: “Tu padre (Salomón) nos ha puesto un yugo muy pesado. Aligera tú ahora la dura servidumbre a que nos sometió tu padre y el pesado yugo que nos impuso, y te serviremos”» (1 Re 12,3-4). Ante la negativa del nuevo rey que piensa seguir la política de Salomón, las tribus del centro-norte llaman a la guerra con el grito «A tus tiendas Israel» (1Re 12,16). El cisma está consumado: diez tribus se unirán en el reino de Israel, y dos en el sur. Los esfuerzos de David por hacer un gran pueblo habían fracasado.

Guerras civiles

La historia de los dos reinos está llena de episodios violentos. El profeta

Oseas, cuando quiere poner a uno de sus hijos un nombre que suene a repulsión, tragedia y calamidad, le llama «Jezrael» (Os 1,4). Con el nombre de este valle el profeta quiere denunciar la matanza que tuvo lugar allí, cuando Jehú mandó asesinar a la reina Jezabel y a todos los descendientes de la casa de Ajab, en un intento de reunificar los reinos (2 Re 9,30-10,28). Entre las guerras civiles destaca la guerra «siro-efraimita» en la que el rey del norte, apoyado por los sirios de Damasco, atacó al rey del sur, Ajaz (2Re 16,5).

Las luchas intestinas fueron minando la unidad del pueblo; en realidad las tensiones entre tribus, con distintas tradiciones históricas y teológicas, nunca había terminado de fraguar. El reino del norte se consideraba depositario de las tradiciones de la «casa de José», donde se recordaba la opresión en Egipto, la intervención salvadora de Dios, su caminar por el desierto y el don de la alianza.

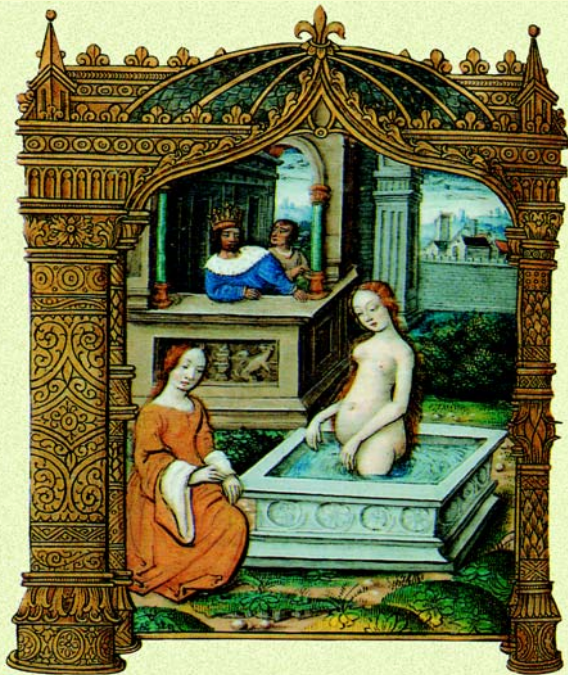
Su monarquía es carismática, de forma que cada vez que moría el rey, las tribus elegían a uno nuevo, sin relación necesaria con el anterior.

Por el contrario, el Reino del sur, desarrolló tradiciones teológicas en torno a Jerusalén (Sión) como ciudad elegida por Dios; al Templo como lugar de su presencia y a la monarquía davídica, elegida por el Señor.

*«Dijeron a Roboán:
“Tu padre (Salomón) nos ha puesto un yugo muy pesado.
Aligera tú ahora la dura servidumbre a que nos sometió tu padre y el pesado yugo que nos impuso, y te serviremos”»
(1 Re 12,3-4).*



Arriba, izquierda: Vidriera «Las doce tribus de Israel», de Marc Chagall, en la sinagoga del centro médico universitario Hadassah, Jerusalén. Derecha: Pecado de David (2Samuel), del Barberiniano Latino 487.



La única solución es observar la Alianza (Deuteronomio); la única solución es ser santos como Dios es santo (Levítico).

La primacía de Judá

El pueblo de Israel vivió setenta y cinco años de unidad aparente bajo la monarquía, pero pronto se descubrió que no tenía fundamentos sólidos. Lo que comenzó por ruptura en dos reinos, acabó por desaparición de ambas monarquías.

Primero cayó Israel (Reino del norte) el año 722. Su desaparición fue un duro golpe: ¿cómo es posible que Dios haya abandonado al pueblo que había elegido como propiedad? Los profetas les recordarán que «elección» no es sinónimo de «inmunidad». El pueblo ha provocado su ruina al abandonar de forma unilateral la alianza en la que se habían comprometido. La historia se repetirá y doscientos años después (587) Judá (Reino del sur) volverá a repetir los mismos errores que su hermano del norte. Volvió a confiar en las potencias extranjeras y olvidó que era el pueblo consagrado al Señor. El gran reino de David acabó reducido a Jerusalén y unos pocos pueblos a su alrededor.

El pueblo de Dios se había quedado sin Jerusalén, ciudad santa; sin Templo, lugar de la presencia de Dios y sin monarquía, autoridad consagrada por el Señor. De nuevo surge la pregunta: ¿acaso nos ha abandonado Dios? Los sabios y los sacerdotes de Israel en el exilio reflexionan y dan origen a una doble corriente de pensamiento. Aunque con

diferencias, las dos coinciden en lo fundamental: Yahveh no es un Dios caprichoso que nos haya entregado a los enemigos para burlarse de nosotros; hemos sido nosotros los que hemos pecado al no cumplir los mandamientos que él nos había prescrito. La única solución es observar la Alianza (Deuteronomio); la única solución es ser santos como Dios es santo (Levítico).

3. ¿Exclusivismo o universalismo?

El destierro en Babilonia no sólo fue una purificación, sino la posibilidad real de renacer de sus cenizas. Pasada la etapa de la monarquía, renacerá con nuevas fuerzas a la luz de los profetas y de los sacerdotes. Comienza el «judaísmo».

Las medidas de Nehemías

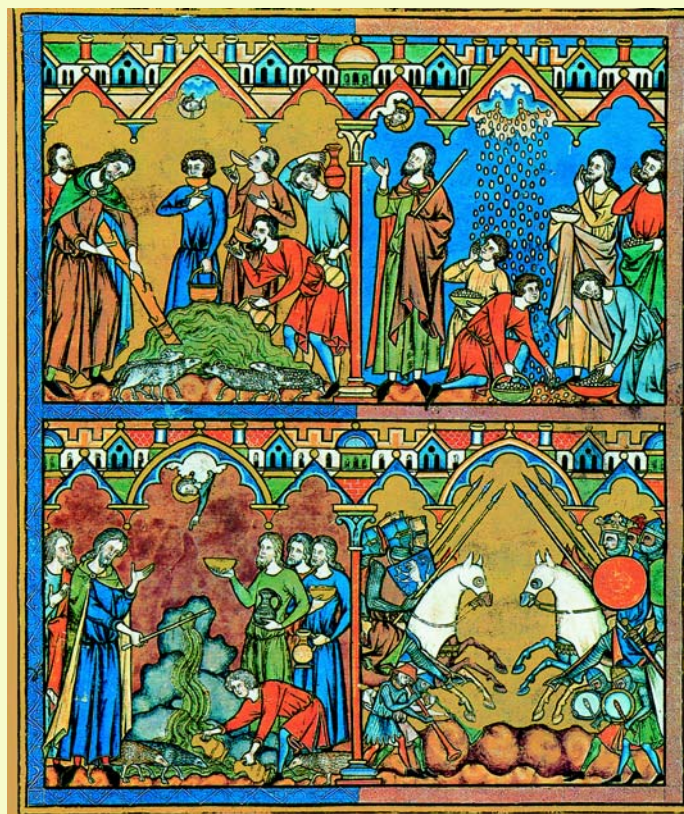
Cuando regresan a Jerusalén desde el exilio de Babilonia, gracias al edicto de Ciro (Esd 1), encuentran un panorama desolador: la ciudad y el Templo siguen destruidos, faltan recursos económicos, la población judía se ha mezclado con otros pueblos. Los nuevos dirigentes emplearán la mano dura. Primero van a limpiar la raza deshaciendo los matrimonios de judíos con extranjeras: «Entonces Secanías, (...) dijo a Esdras: nosotros hemos traicionado a nuestro Dios casándonos con mujeres extranjeras de

la gente del país. Pero aún le queda a Israel una esperanza. Nos comprometemos solemnemente ante nuestro Dios a echar a todas estas mujeres extranjeras y a los hijos nacidos de ellas» (Esd 10,2-3; 10-11).

Concluida esta terrible medida, el sacerdote Nehemías reconstruye la muralla de Jerusalén y manda repoblar las aldeas de Judá y la Ciudad Santa con judíos puros: «Los jefes del pueblo se establecieron en Jerusalén. El resto del pueblo echó a suertes de manera que uno de cada diez fuera a vivir a Jerusalén, la ciudad santa, y los otros nueve se quedasen en sus ciudades (...) En Jerusalén se establecieron descendientes de Judá y de Benjamín» (Esd 11,4).

Jonás, o la conversión a la universalidad

A tenor de estos textos y otros semejantes da la sensación de que la Biblia defiende posiciones xenófobas. Sin embargo, debemos leer otros textos, como la profecía de Jonás, donde se corrige esta visión exclusivista. Jonás está convencido de que los gentiles se condenarán sin remedio. Sin embargo la misión que Dios le encomienda es anunciar la conversión de los ninivitas. Jonás decide huir porque no quiere que los extranjeros e impíos se salven. Es más, Jonás se enfada con Dios porque ha decidido salvar a Nínive, cuando en justicia debía ser arrasada en pago por sus pecados.



dos. ¡Jonás es el prototipo de quienes quieren corregir al mismo Dios!

La fe bíblica nos enseña a valorar nuestra historia, nuestros orígenes, pero no a ser fanáticos ni exclusivistas. El plan de Dios es universal y estamos llamados a compartir con la humanidad el don que Dios en su benevolencia quiere.

Códice de la Biblioteca Pierpont Morgan de Nueva York. Autor anónimo.

Vocabulario:

- ⌘ **Abrán:** Según el libro del Génesis (Gén 17,5) Dios llama a Abrán pidiéndole que se ponga en camino. Una vez realizada la alianza le cambia el nombre por Abrahán.
- ⌘ **«Amonitas»:** Habitantes de Amón; Reino vecino de Israel al este del Jordán (hoy Jordania, cuya capital es precisamente Amán). Según Gén 19,38 su origen se remonta a Lot, sobrino de Abrahán.
- ⌘ **Guerra «siro-efraimita»:** Guerra civil que tuvo lugar entre el reino del norte o Israel, apoyado por el reino de Siria, contra el reino del sur o Judá. El conflicto acabó con la intervención militar de los asirios, a petición de Judá, que destruyeron Damasco (732 a.C.) y castigaron duramente a Samaría.
- ⌘ **«Jebuseos»:** habitantes de Jebús, ciudad cananea que conquistó David para convertirla en la nueva capital de su reino: Jerusalén.
- ⌘ **«Moabitas»:** Reino vecino de Israel al este del Jordán. Al igual que los amonitas, su origen se remonta a Lot, sobrino de Abrahán (Gén 19,37).
- ⌘ **«Edomitas»:** Reino vecino del sur de Judá y uno de sus grandes enemigos. El Génesis aclara su origen (etiología) explicando que descienden de Esaú, el hermano mayor de Jacob, a quien éste engañó y desheredó (Gén 25,22-34; 27,37-41).

PARA UN TRABAJO EN COMÚN

1. Descubrir la Biblia:

Objetivos:

- a) Descubrir cómo Dios rompe esa inercia que lleva a los pueblos a creerse únicos o superiores a los demás.
- b) La salvación de Dios es universal; no exclusiva de ningún pueblo.

Propuesta:

Leer el libro de Jonás, siguiendo estas o parecidas preguntas:

¿Por qué Jonás no quiere anunciar la conversión en Nínive?

¿Qué imagen de Dios tiene Jonás?

¿La salvación es exclusiva de un pueblo?

¿Por qué se enfada Jonás con Dios?

¿Cómo le va llevando poco a poco Dios a Jonás para que reconsidere su postura?

¿El libro de Jonás responde a situaciones actuales?

2. Oración

Gracias, Señor, por el don de la fe.
Es don porque la iniciativa ha sido tuya.
Tú me has llamado desde el seno de mi madre.
Tú me has acompañado, me has corregido y me has acariciado.
Me siento un privilegiado, un elegido.
Pero, a la vez, Señor, reconozco
que tengo la tentación de crearme único,
como si tu amor sólo fuera para mí y los míos.
Tengo la tentación de sentirme con los derechos en exclusiva,
negándoselos a los demás.
Tengo la tentación de identificar «don» con «inmunidad»,
como si tuviera una «carta blanca» para hacer lo que quiera.
Concédeme un corazón grande y generoso
que acoja a los hermanos como hijos tuyos,
y herederos de tu amor universal.
No permitas que caiga en la trampa mortal
de las «falsas seguridades» que abochornan al hombre
y le incapacitan para acoger tu reino. Amén